

Ménos culpable nos parece Xicotencatl siguiendo unos dias á Cortés, que Temístocles ofreciendo los recursos de su valor y de su influencia á Xerjes, enemigo de toda la Grecia; ménos que Alcibiades, que instó á los espartanos para que fuesen á hacer la guerra y á destruir á Atenas su patria; mucho ménos que Coriolano (Cayo Marcio) llevando una guerra desoladora á Roma y poniéndose al frente de los enemigos de la ciudad de Rómulo y de Numa. Pero para que se olvide la debilidad de Xicotencatl, para que se le disculpe, le faltó nacer en Roma ó en Grecia; le faltó un Píndaro que eternizase sus hazañas; le faltaron enemigos tan célebres como Artaxerjes y Agis; le faltó una esposa como Columbia, y una mujer como Virginia, que le demostrasen que obraba mal, y—permítasenos decirlo,—le falta algo la indulgencia de sus compatriotas.”

Como podria objetarse que la anterior defensa ha sido escrita por un mexicano, citarémos, en elogio de Xicotencatl, las palabras de Prescott, á quien no puede tacharse de parcial. Dice, al concluir el capítulo tercero del primer tomo de su “Historia de la Conquista de México:”

“La conducta de Xicotencatl es calificada por los escritores españoles de bárbara y feroz. Es muy natural que ellos le juzguen de esta suerte; pero los que están exentos de la preocupacion nacional deben verlo de una manera muy diversa. Mucho hay que admirar en aquella alma elevada é indómita que como una magnífica columna se levantaba sola y llena de majestad y grandeza sobre los fragmentos y las ruinas que la circuian por todas partes. Él dió muestras de perspicacia y sagacidad, puesto que, rompiendo el trasparente velo de la insidiosa amistad ofrecida por los españoles, y penetrando el porvenir, entrevió las miserias en que iba á ser envuelta su patria y desplegó el noble patriotismo de quien intentaba salvarla á cualquier precio, y en medio del abatimiento universal, procura infundir en toda la nacion el intrépido valor que á él le anima, y alentarla á un último esfuerzo por conservar la independencía.”

Terminarémos diciendo que el sacrificio de Xicotencatl se consumó en Mayo de 1521.

ZARAGOZA, Ignacio.

El general D. Ignacio Zaragoza nació en la bahía del Espíritu Santo (Texas), el dia 24 de Marzo de 1829. Hizo su educacion primaria en Matamoros primero, y despues en Monterey, capital del Estado de Nuevo Leon, en donde comenzó sus estudios secundarios en el Colegio Seminario. Empero, el jóven Zaragoza no tenia vocacion por la carrera del foro ni por la de la Iglesia, únicas que allí podia seguir, y al pasar su familia á Monterey, dedicóse él al comercio en aquella ciudad.

Por aquel tiempo comenzaron á organizarse las milicias cívicas ó guardias nacionales, y entónces Zaragoza fué de los primeros que voluntariamente se inscribieron. Nombráronle sus compañeros sargento primero, y así fué como se alistó en las filas del pueblo el que más tarde habia de alcanzar tan imperecedera gloria en la carrera de las armas. En 1853, ya capitán Zaragoza, marchó con una compañía de Nuevo Leon para Tamaulipas, y allí puede decirse que dió comienzo á su brillante carrera. En Mayo de 1855 Zaragoza, que pertenecia por conviccion y por sentimientos al partido liberal, pero que habia comenzado su carrera en el ejército de Santa-Anna, se alistó en las huestes liberales. El 23 de Julio del mismo año vencieron éstas en el Saltillo á las que mandaba el general Woll, y Zaragoza, sobre el campo de batalla en que habia desplegado tanta serenidad y valor, recibió el grado de coronel, y emprendió despues algunas marchas para el interior y para la frontera amagada por los filibusteros.

Derrocado el gobierno de Santa-Anna y establecido el constitucional de Comonfort, se expidió el *Estatuto Lafragua* que tan mal recibido fué de la nacion y que produjo el levantamiento de algunos Estados. Zaragoza, fiel á sus deberes, tomó parte en aquella campaña. Una comision le habia llevado á Monterey; allí tuvo ocasion de hacerse notable una vez más por su energía y valor. Las fuerzas del Estado habian sido derrotadas el 30 de Setiembre, á una jornada de la ciudad, por las de Tamaulipas. Ni un soldado habia en la plaza que al dia siguiente debia ser ocupada. Zaragoza convoca al pueblo para la ciudadela, nombre que se daba en Monterey á unas paredes situadas al Norte de la poblacion, parte de un templo que iba á construirse. Agrúpanse allí los que resuelven resistir, y á la cabeza de ellos Zaragoza. El jefe tamaulipeco les intima rendicion, y le contesta Zaragoza: "Desde luego puede vd. comenzar sus operaciones militares." Aquella resistencia fué fructuosa. En tres dias no pudo el enemigo tomar aquella débil posicion cuyos parapetos estaban casi destruidos, y entretanto los sitiados reciben un auxilio, y los sitiadores levantan el campo.

Hallábase Zaragoza en la capital de la República el 11 de Diciembre de 1857 cuando el presidente Comonfort dió el golpe de Estado; y cuando el 17 de Enero siguiente los reaccionarios le desconocieron, pronunciándose en el convento de Santo Domingo, y se rompieron las hostilidades, Zaragoza tomó parte en la contienda con unos cuantos rifleros del Norte, y reveló desde entónces lo que la causa que defendia podia esperar de él.

"El partido reaccionario, dice un escritor distinguido refiriéndose á esta época, el partido reaccionario dueño de la capital de la República, auxiliado por los cuantiosos bienes del clero, escudado por la triple coraza del hábito, de la aristocracia y del fanatismo, emprendió con la Reforma una lucha suprema, en que salió, en que no podia dejar de salir vencido porque no hay ya resistencia eficaz contra la idea democrática del progreso, sol de nuestro siglo, nuncio del porvenir, fuente de perfectibilidad, de cuyas aguas brotará la regeneracion del mundo. En la terrible prueba de los combates no tardó en llamar la aten-

cion un jóven fronterizo, bizarro en la pelea, obediente á sus jefes, suave con el soldado, leal, pundonoroso, sin pretensiones, sin celos: era el ciudadano Ignacio Zaragoza. Sus relevantes cualidades no desmentidas despues, pronto le colocaron en puestos superiores, en los que fueron siendo cada vez más eminentes sus servicios. En ese largo período no soltó las armas de la mano, y en ninguna de las acciones en que se encontró, que fueron muchas y reñidas, dejó de ir ganando fama con su irreprochable comportamiento."

De buen grado seguiriamos paso á paso la historia de ese período de la vida de Zaragoza; pero necesitaríamos traspasar los límites que nos hemos impuesto, y habrémos de resignarnos á remitir al lector á la interesante y detallada biografía de Zaragoza, escrita por el Sr. D. Manuel I. Gómez, impresa por García Torres en 1862. Nosotros á grandes rasgos trazaremos esta biografía, destinada como las demas de nuestro libro, á presentar los caracteres de los personajes, sus hechos más notables, más bien que ciertos detalles, para los que seria indispensable una historia y no un libro de consulta.

En el sitio de Guadalajara, despues de la separacion de Don Santos Degollado del mando en jefe del ejército federal, y por estar ausente en aquellos dias González Ortega, Zaragoza, por el voto de sus compañeros, se puso á la cabeza de sus tropas, y se mostró, como siempre, digno de aquella prueba de confianza, negándose á entrar en tratados de paz con Márquez, á quien echó en cara su alevosa conducta y á quien derrotó completamente. Esto pasaba en Noviembre de 1860. Las armas liberales avanzaron triunfantes á la capital de la República, y Zaragoza entregó el mando á González Ortega que estaba ya restablecido de sus males, quedando de cuartelmaestre, con cuyo carácter concurrió á la batalla de Calpulalpam (Diciembre de 1860), en que le cupo una parte gloriosísima.

Reinstalado en México el gobierno constitucional, hubo todavía necesidad de acabar con el resto del ejército reaccionario, y Zaragoza, campeón de cuya lealtad y de cuyo valor no podia dudarse, prestó nuevos é importantes servicios. Poco tiempo

después (Abril de 1861), Zaragoza, que se hallaba en Puebla, fué llamado á ocupar el Ministerio de la Guerra, en que desde luego se hizo notar por la prudencia, aplomo y oportunidad de sus disposiciones, por su notable actividad, por su consagración exclusiva al cumplimiento de sus deberes y por su celo infatigable en perseguir los restos del ejército reaccionario, contribuyendo así al memorable triunfo de Pachuca (20 de Octubre de 1861), alcanzado por la división del general Tapia contra las fuerzas que acaudillaban Miramon, Márquez, Zuloaga y otros de los principales jefes del partido conservador. En Diciembre de ese año dejó la cartera de Guerra para encargarse del mando de una división en el ejército de Oriente, que le recibió con entusiasmo.

Hemos llegado á la época más gloriosa de la vida del inmortal caudillo mexicano. Cedemos con placer la palabra, para narrarla, al integérrimo magistrado, al eminente publicista, al grande orador D. José María Iglesias.

“Rotos los preliminares de la Soledad por una perfidia más que púnica — dice — el general mexicano demostró en los campos de batalla que su entereza anterior había sido la simple manifestación del heroico ardimiento en que rebosaba su corazón. La defensa de las cumbres de Acultzingo (28 de Abril de 1862) emprendida con el solo objeto de causar daño al enemigo, sin oponerle una resistencia tenaz, corroboró la idea de que los soldados mexicanos son capaces de luchar con cualesquiera otros, cuando los conducen jefes como Zaragoza y como Arteaga. El principio de las hostilidades anunciaba el triunfo que poco después debían alcanzar nuestras armas. Ese triunfo es el grandioso, el solemne, el inolvidable 5 de Mayo. La memoria de ese día será eterna entre nosotros, como lo es la del 15 de Setiembre de 1810, la del 27 de Setiembre de 1821, la del 11 de Setiembre de 1829. Años enteros de infortunios y de desastres se olvidan y quedan compensados con esos días, á la vez fugaces y perdurables, en que ha bañado á México la luz refulgente de la dicha, de la gloria, de la inmortalidad. ¿Quién no recuerda la inmensa ansiedad que se apoderó de esta patriótica

población cuando el hilo telegráfico anunció el ataque del cerro de Guadalupe? Pendientes del resultado, nuestra vida se concentró en los mensajes que iban dando á conocer lo que pasaba. “Asistíamos desde aquí al combate, atendíamos á sus peripecias, oíamos el estruendo del cañon, lamentábamos nuestras pérdidas, fluctuábamos entre el temor y la esperanza. La noticia de la victoria puso sello á tantas emociones con la más grata, con la más pura de todas. Los que la sintieron la comprenderán; la palabra es impotente para expresarla. La importancia del triunfo del 5 de Mayo parece mayor cada vez que se medita en sus grandes consecuencias.

“Con él se dió una severa lección al enemigo, que encontró leones donde pensaba hallar gamos. Con él se salvó la honra nacional, que habría quedado lacerada, si nos hubiera impuesto la ley un puñado de invasores. Con él se obtuvo ante el mundo la vindicación del nombre mexicano, que será en lo sucesivo pronunciado con respeto, como el de un pueblo que sabe luchar y morir en defensa de su independencia. Tal vez las negras nubes del infortunio cubrirán el horizonte de nuestra patria; pero tras ellas estará, y acabará por romperlas, para aparecer radiante y deslumbrador, ese sol del 5 de Mayo que alumbró la victoria de los hijos de México sobre los vencedores en cien combates. El éxito de la batalla fué tanto más apreciado cuanto menos se esperaba. No había en el extranjero quien lo creyera posible: nadie calculaba que el ejército francés fuese detenido en su marcha triunfal á la capital de la República. Entre nosotros mismos la idea que generalmente predominaba, era la de que sería ineficaz la resistencia; y más bien que contar con un triunfo poco probable, se limitaba el voto patriótico á sucumbir con gloria. Pocos mexicanos abrigaban esa fe que obra grandes prodigios en todo, y en ninguno descollaba de una manera tan patente como en el digno general que ni un momento dudó de la buena causa. Había algo providencial en esa creencia firme, inalterable, que auguraba el desenlace más halagüeño, y duplicaba el aliento de los bravos soldados que exponían su vida por obtenerlo.”

Antes de continuar, conviene decir que el ejército de Oriente, al presentarse los franceses frente á los cerros de Guadalupe y Loreto, en Puebla, se encontraba en un estado lastimoso, á pesar de los repetidos avisos que Zaragoza había dado al gobierno. De manera que otro jefe ménos intrépido y ménos subordinado que Zaragoza habría abandonado sus posiciones temiendo una derrota. Él mismo decía pocos días ántes, en una carta á un amigo suyo, lo siguiente:

“Con la tenacidad de un limosnero, desde el 8 de Marzo estoy predicando al gobierno la mala fe de los franceses, la necesidad de que nos preparemos con tiempo, y el urgente envío de fuerzas respetables; pero quizá por imposibilidad no se me ha atendido, y hoy me encuentro á la vista del enemigo extranjero con un puñado de valientes dignos de mejor suerte; todos desnudos, muertos de hambre, y que no será remoto sucumban, aunque fio mucho en su bravura y entusiasmo.”

Afortunadamente la victoria coronó aquel esfuerzo.

Personas demasiado exigentes se han atrevido á acusar á Zaragoza de no haber perseguido á los franceses despues de la derrota para destruirlos de una manera completa. Los que tal han dicho olvidan que, usando de las mismas palabras del invicto general, “los franceses tenian, derrotados como estaban, mayor fuerza numérica que la suya.”

Las demostraciones de que fué objeto despues del triunfo, no alteraron en lo más mínimo su carácter modesto. Prueba irrefutable de lo que decimos es el parte oficial de la batalla del 5 de Mayo; documento histórico de inapreciable valor que constituye por sí solo uno de los timbres más gloriosos de nuestra patria y del jóven caudillo mexicano.

Asuntos del servicio le trajeron á la capital en Agosto de 1862. Aquí fué recibido cual merecía serlo un hombre á quien estaba obligada la gratitud nacional. Terminados los asuntos que viniera á arreglar, regresó á Acultzingo, en cuyas cumbres se encontraba el ejército defensor de la independencía. Allí fué atacado de la terrible fiebre tifoidea que le condujo al sepulcro. El día 8 de Setiembre de 1862 fué un día de luto para la patria,

porque la muerte de Zaragoza en cualquiera circunstancia habría sido una pérdida grande para México, pero en aquellos días en que estaba él rodeado de tan espléndido prestigio, era irreparable.

La muerte de Zaragoza fué el principio de su inmortalidad. Él bajó al sepulcro puro y sin mancha, con la frente ceñida de laureles, y ántes de probar la ingratitud de los gobiernos, la indiferencia del pueblo que había defendido. Zaragoza murió sin haber puesto su brazo al servicio de las revoluciones mezquinas de partido; sin que la envidia le hubiese herido y le hubiese arrojado al olvido en medio de una sociedad que tan fácilmente desprecia hoy el ídolo que ayer incensaba.

ZARCO, Francisco.

Abundante como es la lista de los escritores mexicanos que han conquistado mayor ó menor renombre en el periodismo político, durante los largos años de nuestras contiendas, pocos habrá que hubiesen llegado á colocarse á la altura de D. Francisco Zarco. Podríamos decir más todavía: entre los escritores liberales, nadie le aventajó, como entre los conservadores ninguno igualó á Roa Bárcena.

Zarco merece un estudio detenido que no es posible hacer en este lugar y que nos proponemos llevar á cabo cuando contemos con el tiempo de que no es dado disponer al escribir un libro como el presente. Miétras tanto, darémos á conocer la vida pública de Zarco, y enumerarémos los servicios por él prestados á la causa liberal en la prensa, en el Parlamento, en los escaños del Ministerio y en cuantos puestos ocupó.

D. Francisco Zarco nació en la ciudad de Durango, el 4 de Diciembre de 1829; fué su padre el coronel D. Joaquin Zarco, quien por orden de 15 de Mayo del mismo año, fué á desempeñar la comandancia militar de aquel Estado, llevando consigo á la Sra. Doña María Mateos, madre de la persona de quien nos ocupamos. Despues de haber hecho su carrera en medio de muchas privaciones, comenzó dando á conocer la precocidad de sus talentos por sus composiciones literarias, á lo que unia grande actividad é inconcebible constancia en el trabajo. Estas raras prendas hicieron que, á pesar de no cumplir aún diez y ocho años, el Sr. D. Luis de la Rosa, Ministro universal en Querétaro el año de 1847, le nombrara oficial mayor, fiándole los negocios más arduos y delicados.

Radicado en Querétaro el gobierno del Sr. Peña y Peña, Zarco fué encargado de varios asuntos, y entre ellos, de tomar las actas de las sesiones de lo que pudiera llamarse el Consejo. El Sr. Pedraza pronunció un discurso, y Zarco lo tomó al pié de la letra, sin discrepar ni un ápice. Pedraza, admirado, pidió á sus colegas le dispensaran si interrumpia la solemnidad del acto, y abrazó con efusion á Zarco y le regaló un medio, haciendo elogio de su talento y advirtiéndole que en su discurso tan sólo un adjetivo estaba mal aplicado. Zarco insistió modestamente en lo contrario; esta insistencia molestó á Pedraza, quien le dijo: "Muchachito, á mí no se me hacen observaciones en esta parte," y sometió la decision de sus dudas á los Sres. D. Luis de la Rosa y D. José María Lacunza, quienes dieron la palma del triunfo á Zarco, el que contó desde aquel dia á Pedraza, no sólo en el número de sus amigos, sino tambien en el de sus admiradores.

De vuelta á México escribió varios periódicos, entre ellos uno satírico: *Las Cosquillas*, llamando tanto la atencion, que fué objeto de la persecucion de la autoridad y que contribuyó á derrocar la administracion del general Arista. Ingresó como colaborador al *Siglo XIX*, y á poco se hizo cargo del célebre periódico *La Ilustracion*, cuyo tomo quinto es enteramente obra suya, escribiendo en él notables artículos de costumbres, litera-

tura, historia y crítica, bajo el seudónimo de "Fortun." Redactó tambien el notable periódico *El Demócrata*. En 1849 se hizo cargo de la redaccion en jefe del *Siglo* hasta la administracion de Santa-Anna.

Triunfante la revolucion de Ayutla, volvió Zarco á ser jefe de la redaccion del *Siglo XIX*, logrando poner este periódico en un grado de concepto igual al que habia tenido en los dias de Otero, La Rosa, Rodríguez Puebla, Iglesias, Morales y Pedraza; y con el objeto de inspirar al bello sexo los sentimientos de la más alta moral y el gusto por la literatura, le dedicó el *Presente Amistoso*, que se imprimia el 1º de año, y en el cual escribió artículos morales y ensayos descriptivos.

En 1854, apénas habia cumplido 22 años, cuando fué nombrado diputado suplente al Congreso de la Union por el Estado de Yucatan. En 1856 volvió á ser electo por Durango para el Congreso constituyente, siendo en aquella Asamblea el campeon de las leyes de Reforma, que preparó y defendió con valor y entusiasmo. En la formacion de la Constitucion tuvo la parte más eficaz y activa. Despues del *Times* de Lóndres, él ha sido el primero que en México ha publicado al dia siguiente un relato fiel y completo de los debates del Congreso, sirviéndole estos trabajos para formar la historia de aquella Asamblea, que publicó en dos gruesos volúmenes.

Establecido el Gobierno de Zuloaga, fué tenazmente perseguido, teniendo que ocultarse por más de dos años, en cuyos escondites publicó *El Boletín Clandestino* y el folleto titulado *Los Asesinatos de Tacubaya*, del que se hicieron ediciones en todo el país, arrojando sobre los autores el mayor descrédito, la reprobacion universal, lo que abrevió el triunfo de la legalidad. Descubierta por la policía el 13 de Mayo de 1860, sufrió en los calabozos crueles tratamientos é insoportables penalidades, hasta el 25 de Diciembre de 1860, en que triunfó el orden constitucional. Al regresar á la capital el Sr. Juárez, nombró á Zarco Ministro de Relaciones y jefe del gabinete. Entre las muchas leyes que dictó están la de matrícula de extranjeros, la de beneficencia y la de imprenta, que fué despues adoptada íntegra

como ley orgánica. Después de instalada la Asamblea de aquella época, y en la inteligencia de que era ilegal el voto que cinco Estados le habían dado para que los representara en el Congreso general, y de persuadir al Sr. Juárez de que su nuevo ministerio debía ser parlamentario, se separó del gabinete volviendo á la redacción en jefe del *Siglo XIX*.

En la intervención francesa, emigró con el Sr. Juárez á San Luis Potosí, donde fundó un diario, *La Independencia Mexicana*, renunciando, á los pocos días de establecido, la pequeña subvención que le daba el Sr. Juárez, rasgo que prueba su acrisolada honradez, exponiendo para ello que ya podía sostenerse por sí solo el periódico mencionado. En el Saltillo publicó otro con el nombre de *La Accion*. De ahí pasó á los Estados Unidos, en donde fundó el Club Mexicano, escribiendo constantemente en los periódicos hispano-americanos en defensa de la libertad de México, tales como *El Mercurio*, de Valparaíso, *El Correo*, de Santiago de Chile, *La Nacion* y *El Pueblo* de Buenos Aires, y otros de Venezuela y de Colombia, á los que enviaba también correspondencias políticas, comerciales y literarias, así como editoriales y correspondencias políticas á varios diarios que se publicaban en Puebla y en esta capital, durante la intervención. Vuelto el Gobierno republicano, Zarco regresó á su patria, donde fué recibido con el voto del Distrito Federal, para que lo representara en el Congreso general.

Zarco fué, durante la guerra de tres años, que residió el Sr. Juárez como representante de la legalidad en Veracruz, el agente de aquel Gobierno en la capital, debiendo mencionarse dos hechos notables en favor de su honradez: es el primero que, estando autorizado por el Gobierno del Sr. Juárez para conseguir recursos con cualquier interés, nunca obtuvo dinero para el Gobierno con un interés mayor que el uno por ciento mensual, que es el común y corriente en la plaza; y el segundo que, pudiendo enajenar y negociar los bienes del clero, sólo un negocio hizo de esta especie, que fué la venta del convento de la Profesa al Sr. Michaud, y que este señor, al triunfar el Gobierno, lo primero que hizo fué rescindir su contrato, por considerarlo gra-

voso para sus intereses. No es aventurado decir que en esa época hubiera podido hacerse de una fortuna de varios centenares de miles de pesos.

Zarco murió en el seno de la filosofía, y chanceándose hasta en sus últimos momentos, el 29 de Diciembre de 1869, á los cuarenta años de su edad, dejando á sus hijos por toda fortuna su nombre immaculado. El Congreso de 1869 le declaró benemérito de la patria, y su nombre está inscrito en el salón de sesiones.

ZAVALA, Lorenzo de.

Publicista distinguido y hombre de Estado de no menor celebridad, D. Lorenzo de Zavala es uno de aquellos personajes de quienes sus enemigos mismos confiesan la superioridad y el talento. Como político, Zavala cometió errores de que no pretendemos excusarle, y si dado fuera hacer la biografía del escritor sin aludir á su vida pública, de buen grado lo haríamos. Severa é imparcial la historia le colocará en el puesto que le corresponde: nosotros no harémos otra cosa sino relatar brevemente sus hechos.

Nació D. Lorenzo de Zavala en la ciudad de Mérida, capital del Estado de Yucatan, el día 3 de Octubre de 1788, de padres que lo fueron D. Anastasio de Zavala y D^a María Bárbara Saenz, ambos de familias distinguidas.

Concluidos sus estudios primarios, sus padres le colocaron de pensionista en el Seminario conciliar de San Idefonso, de la ciudad de su nacimiento: allí estudió gramática latina bajo la dirección del célebre D. Diego O'Horan, revelando desde entonces su elevada inteligencia, la libertad de su espíritu y su fogoso carácter.